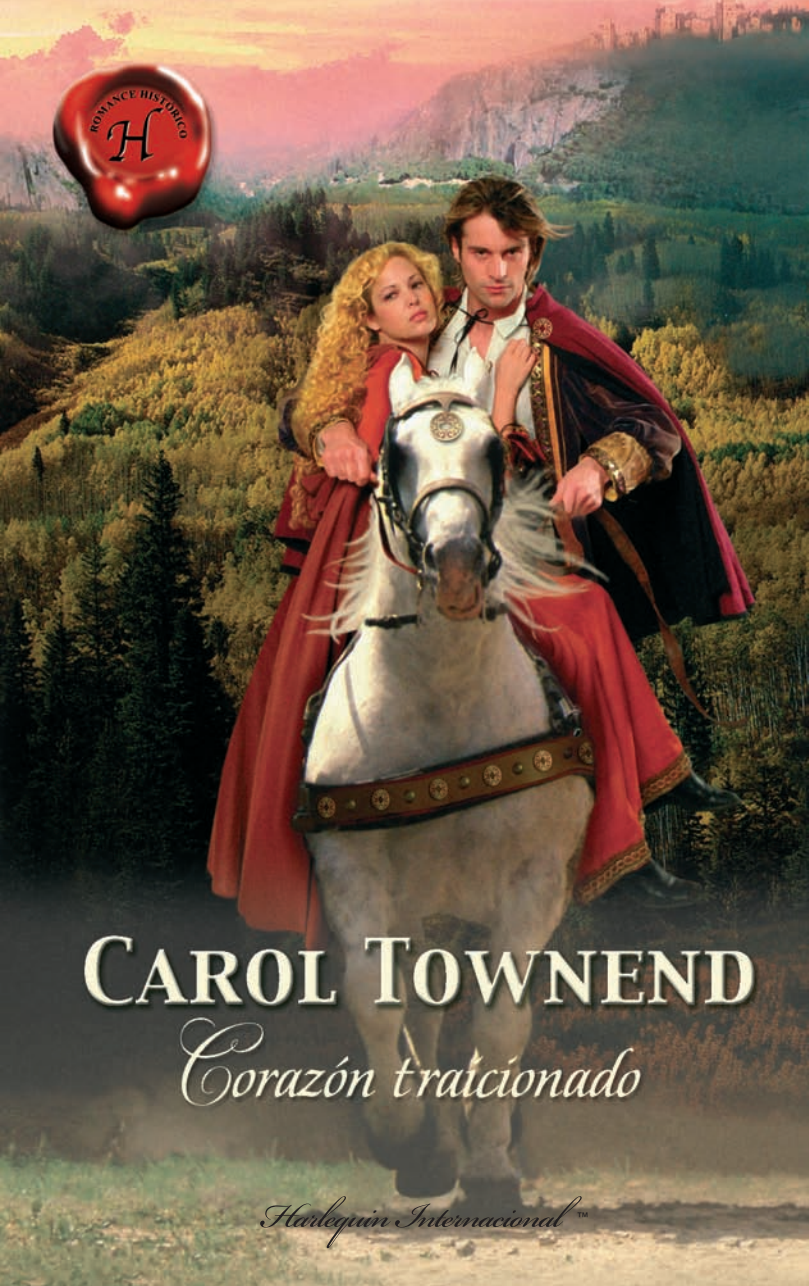
ROMANCE HISTÓRICO
H
CAROL TOWNEND
Corazón traicionado
Harlequin Internacional™

CAROL TOWNEND

Corazón traicionado



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2007 Carol Townend. Todos los derechos reservados.
CORAZÓN TRAICIONADO, Nº 403 - mayo 2010
Título original: The Novice Bride
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2008.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8478-5
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

La novicia Cecily estaba arrodillada en la capilla St Anne cuando el griterío comenzó en el exterior. El reloj de vela marcaba casi las doce del mediodía, y Cecily, quien antes de entrar en el convento se llamaba lady Cecily Fulford, estaba de retiro espiritual. Había hecho un voto de silencio y lo cumpliría hasta la mañana siguiente, cuando las monjas rompieran su ayuno. Para eso faltaban unas dieciocho horas, y Cecily, una mujer menuda vestida con hábito de color gris, estaba dispuesta a no interrumpir su retiro espiritual.

Las lámparas daban una iluminación tenue al lugar y, sobre el altar, la luz de noviembre se filtraba por un ventanuco estrecho. Ignorando el frío que se filtraba a través de las losas del suelo, Cecily inclinó la cabeza sobre su rosario.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es…

Al oír que llamaban a la puerta con fuerza, Cecily volvió la cabeza.

—¡Cecily! ¿Estás ahí? Tengo que hablar contigo

La mujer se calló de pronto. Y aunque aquella voz no pertenecía a ninguna de las monjas, a Cecily le resultaba familiar. Trató de escuchar con atención.

Dos voces, discutiendo, y no muy calmadas. Una pertenecía a la hermana Judith, la guardesa del convento. La otra voz era de una extraña que hablaba con tono elevado y nerviosismo.

Cecily se puso en pie con curiosidad. ¿No tendrían malas noticias otra vez? ¿Acaso la pérdida de su padre y de su hermano en Hastings no era suficiente…?

Había recorrido la mitad del pasillo cuando se abrió la puerta. Su hermana de sangre, lady Emma Fulford, se soltó de los brazos de la guardesa del convento y entró en la capilla.

Emma, de diecisiete años, era un año mayor que Cecily. Iba vestida de color rosa y con una capa de color burdeos. Tras tirar la fusta y los guantes sobre el suelo de piedra, corrió hacia Cecily.

—¡Cecily! ¡Oh, Cecily, tienes que hablar conmigo!

Envuelta en un abrazo desesperado, Cecily miró el rostro de su hermana. Una mirada bastó para que abandonara su voto de silencio.

—Por supuesto que hablaré contigo.

Emma sollozó.

—Ella… —giró la cabeza hacia la hermana Judith y continuó—. Me dijo que estabas de retiro espiritual y que no podía molestarte. Que por fin ibas a tomar los votos.

—Así es —era evidente que Emma había estado llorando porque tenía los ojos hinchados. Durante los cuatro años que Cecily había estado en el convento, se había distanciado mucho de su hermana mayor, pero la delicada belleza de su hermana permanecía en su recuerdo y al ver su rostro demacrado se le heló la sangre.

La hermana Judith cerró la puerta de la capilla y permaneció junto a ella en el interior. Con los brazos cruzados, negó con la cabeza y miró a Cecily, la novicia que una vez más no había sido capaz de cumplir su retiro espiritual.

Cecily agarró la mano de Emma. Sus dedos eran como el hielo.

—Ha sucedido algo más, ¿no es así? Algo terrible.

Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas.

—Oh, Cecily, es mamá…

—¿Mamá? ¿Qué? ¿Qué le ha pasado a mamá? —pero, al ver la cara de Emma, Cecily no necesitaba oír la respuesta.

Su madre había muerto.

Con las piernas temblorosas, Cecily agarró los brazos de Emma y las hermanas se abrazaron.

—Mamá no —dijo Cecily con la voz entrecortada—. Emma, por favor, mamá no…

Emma asintió, y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Cómo? ¿Ha sido por el bebé? —tenía que ser eso. Su madre, Philippa de Fulford, tenía treinta y siete años y estaba embarazada de siete meses cuando sucedió la batalla de Hastings. Era de ascendencia normanda, y la batalla le había resultado muy difícil de sobrellevar. Cecily sabía que su madre habría hecho todo lo posible para ocultar sus emociones, pero la muerte de su esposo anglosajón y de su primogénito habían sido demasiado sufrimiento para ella.

Muchas mujeres fallecían durante el parto, y a la edad de su madre, y con su estado de ánimo…

Emma se secó las lágrimas y asintió.

—Sí. Le llegó la hora muy pronto, el parto fue largo y difícil, y después… Oh, Cecily, sangraba tanto. No pudimos hacer nada para cortar la hemorragia. Si tú hubieras estado allí. Aprendiste mucho durante el tiempo que pasaste junto a la hermana Mathilda, sin embargo, yo… —no pudo terminar la frase.

Cecily negó con la cabeza. Era cierto que ella había aprendido todo lo que la hermana Mathilda le había enseñado, pero también sabía que no se podía salvar a todo el mundo.

—Escucha, Emma. La muerte de mamá no es culpa tuya. Una vez que empieza una hemorragia

interna, es casi imposible detenerla… Y además, es posible que ella hubiera perdido las ganas de vivir después de que mataran a nuestro padre y a Cenwulf.

Emma sollozó.

—Sí. Íbamos a enviar a alguien a buscarte. Wilf estaba preparado para marcharse a caballo. Pero cuando nos percatamos del peligro… Era demasiado tarde —Emma agarró las manos de Cecily.

—No fue culpa tuya.

—¡Nadie me enseñó! Oh, Cecily, si la hubieras visto después de que el mensajero viniera de Hastings. No podía comer, ni dormir. Paseaba como un fantasma. Era como si después de la muerte de nuestro padre, una luz se hubiera apagado en su interior. Padre no era un hombre fácil y mamá no solía expresar sus sentimientos.

—Demostrar sensiblería es algo vulgar, y no es propio de una dama —murmuró Cecily, repitiendo la frase que siempre pronunciaba su madre.

—Así es. Pero ella lo amaba. Si alguien lo dudaba… —Emma miró a Cecily, consciente de que Cecily y su padre, Thane Edgar, se habían enfrentado más de una vez —. Si alguien lo dudaba, al verla así habría salido de dudas. Y Cenwulf —los ojos de Emma expresaban lástima—. Sé que tú también lo adorabas.

—A mamá se le partió el corazón.

Emma tragó saliva.

—Sí.

—¿Porque los invasores fueron sus propios compatriotas?

Emma apretó la mano de Cecily.

—Sabía que lo comprenderías.

—Lady Emma… —la voz de la hermana Judith las interrumpió, recordándoles que la guardesa del convento estaba presente.

La hermana Judith era la encargada de dar, o de denegar, el permiso para que las visitas entraran en el convento. Puesto que no era una orden de clausura, habitualmente se daba permiso de entrada, pero nunca cuando una monja o una novicia estaba de retiro espiritual. Con las manos entrelazadas y una cruz de plata colgada del cuello, la monja miró a Emma seriamente, pero con amabilidad. Cecily sabía que lo que había oído la había conmovido.

—Lady Emma, puesto que ya ha interrumpido el retiro espiritual de su hermana, ¿podría sugeriros que continuarais hablando con ella en mis aposentos? El ángelus está a punto de sonar, y el resto de la comunidad necesitará la capilla.

—Por supuesto, hermana Judith. Os pedimos disculpas —dijo Cecily. Tras agacharse para recoger la fusta y los guantes de Emma, Cecily agarró a su hermana de la mano y la guió fuera de la capilla.

El viento invernal movía las hojas en el jardín. Salía humo de la cocina, y el frío hacía que se formara vaho al respirar.

Emma se abrigó con la capa que llevaba sobre los hombros.

Cecily, que no tenía capa con la que abrigarse, se estremeció y apremió a su hermana hacia la verja del lado sur del jardín.

La casa de la guardesa era una cabaña de madera y tejado de paja. A su lado, estaba la casa de huéspedes del convento, un edificio un poco más grande y acogedor. Cecily hizo entrar a su hermana.

Aunque la puerta estaba abierta, la habitación estaba oscura, ya que sólo entraba luz por las rendijas de los postigos. Puesto que no había huéspedes, no estaba encendida la chimenea central. Noviembre marcaba el comienzo de los meses oscuros, pero Cecily sabía que no debía provocar la cólera de la madre Aethelflaeda encendiendo una preciada vela. Si sumaba el pecado de desperdiciar una vela a la luz del día, al pecado de haber quebrantado el retiro espiritual, tendría que hacer penitencia durante muchos años.

Tras dejar la fusta y los guantes de Emma sobre la mesa, junto al rosario, Cecily abrió los postigos. Emma paseaba de un lado a otro, y Cecily se fijó en que llevaba el vestido manchado de barro, el velo torcido y la diadema que lo aseguraba doblada.

—Se nota que has venido deprisa para traerme las malas nuevas —dijo Cecily—. Y puesto que mamá murió hace tres días, has retrasado mucho el viaje hasta aquí. Ocurre algo más, ¿no es así?

Emma dejó de pasear.

—Sí. El bebé ha sobrevivido. Es un niño.

—¿Un niño? ¿Y está vivo? Es un milagro… ¡Una nueva vida después de tantas muertes! ¿Pero tan pequeño? Emma, él no puede sobrevivir.

—Eso pensaba yo. Es pequeño. Me tomé la libertad de bautizarlo y lo llamé Philip, en caso… En caso…

Emma se calló de golpe, pero no era necesario que dijera nada más. Después de haber vivido en el convento durante cuatro años, Cecily conocía las costumbres de la iglesia mejor que nadie. Si el bebé moría, era mejor que estuviera bautizado, ya que, si no, sería un alma perdida durante toda la eternidad.

—Philip —murmuró Cecily—. A mamá le habría gustado.

—Sí. Y no es un nombre sajón, así que si sobrevive… Pensé que tendría más oportunidades si llevaba un nombre normando.

—Ha sido buena idea reforzar el linaje materno en lugar del paterno —contestó Cecily—. El hijo de un sajón, podría no prosperar si Inglaterra llega a convertirse en normanda, pero el hijo de una mujer normanda…

Emma se acercó y acarició el brazo de su hermana. Cecily percibió su aroma a rosas, la suavidad de su vestido, la blancura de sus manos, y la perfección de sus uñas. Ni siquiera el barro podía

ocultar la calidad de la ropa de Emma, ni su estatus.

Ella se frotó la falda de tela gruesa que llevaba en un intento de sacudirse el polvo y ocultar el agujero que se le había hecho en la rodilla al arrancar las plantas de hinojo en el jardín de hierbas aromáticas. Tenía tantos agujeros en la ropa que era casi imposible zurcirlos.

—Habría venido a contártelo inmediatamente, Cecily, si no hubiera tenido que cuidar de nuestro nuevo hermano.

—Hiciste bien en darle prioridad a Philip. ¿Crees que saldrá adelante?

—Rezo por ello. Lo he dejado con Gudrun. Ella dio a luz a una niña hace unos meses, y se ha convertido en su nodriza. Al principio, él no quería comer, pero Gudrun insistió y ahora… Ahora… —su mirada se iluminó una pizca—. Creo que, después de todo, saldrá adelante.

—Al menos, eso son buenas noticias.

—Sí —Emma se volvió y tras agarrar la fusta se dio unos golpecitos en la pierna. Permaneció de espaldas a Cecily, mirando hacia la puerta y observando cómo el humo de la cocina salía al jardín—. Cecily… confieso que en realidad no he venido para contarte lo de Philip…

—¿No? Entonces, ¿qué? —Cecily hizo ademán de acercarse a su hermana, pero Emma hizo que se detuviera con un movimiento de la mano—. ¿Emma?

—He venido a despedirme de ti.

—¿Cómo? —preguntó Cecily con el ceño fruncido.

—Marcho al norte —dijo Emma—. Después de que mamá… Después de que Philip naciera, llegaron más mensajeros. Mensajeros del duque William.

—¿Normandos? ¿En Fulford Hall?

—A estas alturas ya habrán llegado.

Cecily agarró a Emma del brazo para que se volviera, pero Emma se resistió y continuó mirando hacia la puerta.

—Ya han llegado las aves carroñeras —dijo Emma con amargura—. Al menos son eficientes y no han perdido tiempo para adueñarse de nuestras tierras. El duque sabe que nuestro padre y Cenwulf están muertos. A través de un enrevesado mensaje que hablaba de la perfidia del rey Harold, me informaron de que a mí, la hija de Thane Edgar, me han convertido en pupila del duque William, y que me entregarán en matrimonio a uno de sus caballeros. Y ni siquiera será a un buen hombre de sangre normanda, como mamá, ¡sino a un vulgar bretón sin educación!

Emma se dio la vuelta y con una mirada dura y salvaje, se golpeó con la fusta en el muslo.

—Cecily, no lo haré. No puedo… ¡No lo haré!

Cecily le agarró las manos.

—¿Lo has conocido?

Emma se estremeció.

—¿Al bretón? No. El mensajero del duque William me dijo que me seguiría de cerca, así que debía marchar cuanto antes. Cecily, no puedo casarme con él, ¡así que no me digas que es mi deber!

—¿Quién soy yo para decirte eso cuando he retrasado mi compromiso con Dios durante años? —dijo Cecily.

—Lo sé. Nunca quisiste convertirte en monja. Cumpliste el deseo de nuestro padre. He pensado muchas veces que era injusto que porque yo naciera primero tuviera que casarme, mientras que tú, por ser la más pequeña, tuvieras que entregarte a la iglesia y a una vida contemplativa aunque no fuera tu vocación.

—Ambas sabemos que es por una cuestión de la dote. La iglesia me aceptaba por una dote bastante menor que cualquier caballero. Padre no podía permitirse que ambas nos casáramos bien.

—Piensa, Cecily. Padre ya no está; la iglesia ya ha recibido tu dote, entonces… ¿qué impide que te marches?

—¡Emma!

—No estás hecha para ser monja. Sé que padre te entregó a la iglesia con una promesa, pero ¿qué promesa has hecho tú?

—Prometí intentarlo y seguir su voluntad.

—Sí, y ya lo has hecho. Has estado cuatro años confinada en un convento. Y mírate — Emma tiró una pizca del hábito que llevaba

Cecily—. La tela de arpillera gris no va contigo. Y estoy segura de que pica como si fuera una plaga de piojos…

—Así es, pero la mortificación de la carne fomenta la humildad…

—¡Tonterías! ¡Eso no te lo crees ni tú! Y mira el estado de tus manos. Son manos de campesina…

—Del jardín —Cecily alzó la barbilla—. Trabajo en la huerta de hierbas aromáticas. Es útil, y me gusta.

—Manos de campesina —Emma bajó el tono de voz—. Cecily, sé valiente. Podrías abandonar este lugar.

—¿Y adónde iba a ir? A Fulford, ¿con tu caballero bretón? Sé realista, Emma, ¿qué puede ofrecerle el mundo a una novicia sin dote? —sonrió—. Además, te conozco bien. Me sugieres que lo haga para acallar tu conciencia.

—¿Qué quieres decir?

—Te guste o no, Emma, tu deber está en Fulford. Como has dicho, eres la hija mayor, y has nacido para casarte. La gente de Fulford te necesita. ¿Quién más hablará por ellos? ¿Y qué pasará con nuestro nuevo hermano? Te apuesto a que el duque William ni siquiera sabe de su existencia. ¿Cómo crees que reaccionará su caballero cuando descubra que Fulford tiene un heredero varón después de todo? No, Emma, tu deber es sencillo y no puedes eludirlo. Debes regresar a

Fulford y esperar al caballero que el duque William ha escogido para ti.

Emma se puso pálida.

—No.

—¡Sí!

—¡No!

Cecily negó con la cabeza, pensando en lo poco que conocía a su hermana. Emma estaba más preocupada por evitar el matrimonio con un caballero del duque que por su hermano pequeño.

—Emma, por favor, piensa en nuestra gente, y en Philip. ¿Qué posibilidades tendrá esa criatura cuando se conozca su identidad? Una de nosotras debería estar cerca para protegerlo.

Emma frunció el ceño y su mirada se volvió fría.

—Guárdate las palabras para tus rezos. No voy a someterme a un bretón de humilde cuna, y menos a uno cuyas manos pueden estar manchadas por la sangre de nuestra familia. Y aunque todos los santos del cielo rezaran contigo, no continuaría adelante con esto.

—¿Ni siquiera por el bien de Philip? —Cecily suspiró—. Debes casarte con ese caballero. Si sales huyendo, lo mejor que podría pasar es que condenaras a Philip a una vida falsa como hijo de Gudrun. Y lo peor… —Cecily se quedó en silencio—. ¿Qué desearía nuestro padre, Emma? ¿Y mamá? ¿Crees que ella habría deseado que su hijo llevara la vida de un siervo? Además, ¿a

dónde podrías huir? —la miró al pensar en otra posibilidad—. Tienes un amado, ¿no es así? Alguien que…

—¡No seas ridícula! —Emma apretó los dientes—. Puesto que estás tan dispuesta a proteger a nuestro hermano, deberías regresar… Sí, ¡tú! Vuelve al mundo real y mira si te gusta. Vuelve a Fulford. Cásate con el maravilloso caballero del duque. Después, podrás asegurarte de que Philip esté a salvo. Para eso eres tan hermana suya como yo.

Sorprendida, Cecily la miró. La sugerencia de que ella, una novicia, abandonara el convento para casarse era sorprendente. Sin embargo, si era sincera, la sorpresa se mezclaba con una sensación de emoción.

¿Cómo sería aquel caballero bretón?

—No… No —Cecily se sonrojó—. No puedo…

Emma arqueó una ceja y esbozó una sonrisa, como si supiera que Cecily se había sentido tentada.

—Emma, no puedo hacerlo. ¿Qué sé yo acerca de los hombres? —Cecily gesticuló con la mano como para englobar el convento—. He estado en compañía exclusiva de mujeres desde que tenía doce años. Rezando, cantando, ayunando, cultivando, y haciendo penitencia por mis pecados —esbozó una sonrisa—. Ésas son las cosas que conozco. Pero, para mí, la vida fuera de este lugar es un misterio.

Emma se encogió de hombros.

—No eres una completa ignorante. Seguro que recuerdas algo acerca de cómo era tu vida en Fulford antes de venir aquí. Has visto cómo los sementales montaban a las yeguas…

Sonrojada, Cecily se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—¿Sabes cómo se llama el caballero que el duque William ha elegido para ti?

Emma frunció el ceño y se frotó el rostro.

—Sí, pero lo he olvidado. No, espera… Creo que se llama Wymark. Sir Adam Wymark… Y te lo cedo, Cecily, porque yo no lo quiero.

Dos

Nada más salir del bosque, sir Adam Wymark tiró de las riendas para detener a Flame, su caballo de batalla. Estaban a poca distancia del convento de St. Anne's. Y aunque nunca había estado allí, sabía dónde se encontraba gracias a la cruz que coronaba la torre del único edificio de piedra que había en los alrededores. En algún lugar, un gallo cacareó.

Adam se cubrió los hombros con la capa que llevaba y gesticuló para que su tropa, una docena de hombres a caballo, se detuviera detrás de él.

—Éste debe de ser el lugar —dijo él, dirigiéndose a su amigo, sir Richard de Asculf.

Richard asintió y ambos se tomaron un momento para observar el terreno y valorar la posibilidad de que la tropa sufriera un ataque. Era cierto que iban armados y a caballo, pero eran los odiados invasores y no podían permitirse bajar la guardia ni un instante, ni siquiera aunque no se viera ni una alma en los alrededores.

Sólo Richard y Adam, los dos caballeros, llevaban una cota de malla protectora bajo la capa. Para el resto de los hombres, el coste de dicha prenda hacía que estuviera fuera de su alcance. Si Adam hubiera sido un hombre rico, habría equipado al resto de su tropa con aquella prenda, pero no lo era. Sin embargo, no deseaba perder a ninguno de sus hombres, y para ello se había asegurado de que tuvieran más recursos que los básicos. Bajo la capa, cada hombre llevaba una túnica de cuero acolchado y todos llevaban un yelmo con protección para la nariz, buenas espadas y grandes escudos.

El convento estaba rodeado por una valla de madera y por la curva de un río que se adentraba en el bosque. Junto al convento, en la misma extensión de tierra, se hallaba un pequeño pueblo de humildes casas de madera. Adam se preguntaba qué se habría construido primero, el pueblo o el convento. Estaba casi seguro de que el convento. Probablemente estuviera lleno de mujeres aristócratas no deseadas y el pueblo se creara a su alrededor para proporcionarles sirvientas.

Las casas tenían el tejado hecho con láminas de madera. Un grupo de gallinas picoteaba en el barro que había entre dos casas, un cerdo se rascaba contra el poste al que estaba atado. Un perro salió de una de las casas y, al verlos, comenzó a ladrar. De no ser por aquellos animales, el lugar parecería desierto, pero él no se dejaba engañar.

Suponía que los habitantes estarían escondidos. Él habría hecho lo mismo en su lugar.

Había dejado de llover hacía media hora, mientras Adam y su tropa recorrían el camino entre los árboles. El cielo estaba nublado y el viento del norte acariciaba con fuerza sus mejillas y sus labios.

Las mejillas y los labios eran las únicas partes de su cabeza que estaban expuestas a los elementos. Su cabello oscuro estaba oculto bajo el yelmo, y el protector para la nariz ocultaba sus rasgos. Bajo la cota de malla, Adam llevaba la prenda de cuero acolchado, además de la camisa de lino y la ropa interior. Sus botas y sus guantes también eran de cuero, sus pantalones de montar y sus medias de lana. Aquél día, Adam había decidido ponerse la malla corta, de forma que, para disgusto de Richard, sus piernas quedaban desprotegidas. Adam estaba dispuesto a tender un puente de unión con la población sajona, pero Richard, un normando, desconfiaba de ellos y por eso se había protegido de pies a cabeza.

El camino de barro que pasaba junto al convento estaba lleno de surcos y pisadas.

—Parece que ha habido bastante movimiento por aquí —dijo Adam. Frunció el ceño y se preguntó si su explorador estaba en lo cierto al decir que su futura esposa, lady Emma Fulford, también se había dirigido hacia allí. Era posible que tuviera una pariente allí, una hermana, o una

prima. Después de la batalla de Hastings, había reinado mucha confusión y la información que tenía era muy vaga.

Adam se fijó en que la valla de madera que rodeaba el convento ofrecería poca resistencia a cualquiera que se propusiera entrar. Al pensar si lady Emma todavía estaría en St Anne's, frunció el ceño. No le gustaba el objetivo de su viaje, obligar a una mujer a que se convirtiera en su esposa lo dejaba con un amargo sabor de boca. Pero era un hombre ambicioso y el duque William le había ordenado que hiciera todo lo que estuviera en su mano para conservar aquellas tierras. Puesto que eso incluía unirse en matrimonio con una mujer noble, lo mínimo que podía hacer era conocer a la chica. Dios sabía que él tenía pocos motivos para regresar a Bretaña. Además, en Wessex, la gente tenía más razones para odiar a los hombres del duque William que en otro lugar, ya que seguían siendo leales a Harold, el usurpador sajón, había sido su conde durante más de una década antes de que robara la corona que le correspondía al duque William. No iba a ser fácil para Adam cumplir con la tarea de mantener la paz para el duque William en aquella parte de Wessex. Pero lo haría. Con o sin la ayuda de lady Emma.

Sospechando del hecho de que no hubiera ningún habitante del pueblo, Adam se debatía entre el temor de sufrir una emboscada por parte de los

sajones y su deseo de no parecer un invasor al acercarse al convento a buscar a la mujer que se convertiría en su esposa. Ordenó a sus hombres que se ocultaran de nuevo entre los arbustos. Varios de sus compatriotas aprovechaban la confusión reinante para saquear los pueblos a voluntad, y eso era algo de lo que él no quería que lo acusaran. Puesto que Bretaña ya no le ofrecía ningún atractivo, su intención era asentarse allí y crear un hogar. Luchar con mujeres indefensas y atemorizar a la población local no era parte de su plan.

Tras quitarse el casco y colgarlo de la perilla de la silla de montar, Adam retiró la cota de malla que llevaba. Su cabello oscuro empapado en sudor se le había pegado a la cabeza. Con una mueca, se pasó los dedos entre el cabello y dijo:

—Daría cualquier cosa por un tomar un baño. No estoy en condiciones de presentarme ante una dama.

—Yo preferiría algo de comer —contestó Richard—. O una noche de buen dormir. Juraría que no hemos comido, ni dormido bien desde que salimos de Normandía.

—Cierto —Adam se frotó la barbilla. Aquella mañana había encontrado un momento para afeitarse, pero eso había sido todo en lo que había consistido su aseo.

—Tienes buen aspecto —dijo Richard con una sonrisa—. Suficiente como para impresionar a lady Emma.

Adam miró a su amigo con escepticismo y se sonrojó.

—Oh, sí. Se quedará tan impresionada que saldrá corriendo en lugar de mirarme —se bajó del caballo y miró a Richard por encima de la silla de montar—. Como bien sabes, todavía no le he hecho una proposición formal. A pesar de los deseos del duque William, primero quiero ver si nos llevaríamos bien. No me casaría ni con la mismísima duquesa si no hiciéramos buena pareja.

Richard lo miró un instante y dijo:

—Admítelo, Adam, quieres impresionar a esa mujer sajona.

—Si ella no está aquí, me temo que impresionarla no será fácil.

—Ya. Pero si consigues casarte con ella podrás impresionarla todo lo que quieras.

Adam frunció el ceño y se volvió mascullando. Después, tiró de la cincha de la montura de Flame para aflojarla.

—Adam, no me digas que esperas encontrar el amor otra vez. Siempre fuiste débil con las mujeres…

Adam se volvió en silencio, guió a Flame bajo los árboles y ató las riendas a una rama. Richard lo siguió a caballo.

—Deja de molestarme y haz algo útil —le dijo Adam—. Ayúdame con la malla.

Richard desmontó del caballo.

—Es así, ¿verdad? —continuó preguntándole con las manos en las caderas—. Después de lo de Gwenn, sigues queriendo casarte por amor…

—Mis padres discutían mucho cuando yo era pequeño —dijo Adam, mientras soltaba su espada y la dejaba a un lado—. Yo espero algo mejor.

—Sé realista, hombre. Tú y yo sabemos que hemos venido para apoyar a William en su legítima petición de la corona inglesa. ¿Qué heredera sajona nos aceptaría, a ti o a mí, de forma voluntaria? Lo más probable es que nos consideren asesinos de sus padres, hermanos, amados…

Adam se encogió de hombros.

—Sin embargo, confiaba en ganarme algún respeto.

Richard negó con la cabeza y observó, divertido, cómo Adam trataba de hacer lo imposible… Quitarse la cota de malla sin ayuda.

—Te has convertido en un soñador. El golpe que te diste en la cabeza cuando llegamos te ha alborotado el cerebro. ¿Y por qué, en nombre de todo lo sagrado, te quieres quitar eso? Aquellas mujeres piadosas que hay allí… —Richard señaló hacia el convento—. Aquellas dulces sajonas a quienes quieres impresionar, podrían clavarte un cuchillo en el costado. Sobre todo si supieran que tú fuiste el caballero que agrupó a sus compañeros bretones cuando rompieron sus filas…

—No obstante, puede que Emma Fulford esté allí, y no quiero conocer a mi damisela vestido

para luchar —dejó de forcejear con la cota de malla y miró a Richard con media sonrisa—. Quítame esto, ¿quieres?

—Oh, te escoltaré, pero no me eches la culpa si terminas convertido en un pincho sajón.

Adam levantó los brazos por encima de la cabeza y se inclinó. Richard agarró su cota de malla y tiró de ella, dejándole a Adam la prenda acolchada que llevaba debajo. Aliviado, Adam se enderezó y movió los hombros.

—¿Vas a quedarte con eso puesto? —le preguntó Richard.

—Sí, no soy tan optimista.

Sin el yelmo y sin la cota de malla, Adam tenía un aspecto más accesible. En lugar de un fiero guerrero parecía un joven alto, de anchas espaldas y cabello oscuro. Con ese semblante y sus ojos verdes, contrastaba con su amigo Richard, quien todavía mantenía el yelmo y la malla protectora. Adam se abrochó de nuevo el cinturón donde llevaba la espada. Tenía los dedos largos y llenos de cicatrices. Y en la palma de su mano derecha, las callosidades indicaban que había tenido largos enfrentamientos con la espada.

—Me alegra ver que todavía tienes algo de sentido común.

—Suficiente como para saber que no podemos hacer que esas mujeres se distancien de nosotros más todavía. Lady Emma debe dar su consenti-

miento para casarse conmigo. Recuerda, Richard, necesitamos un traductor. Ninguno de nosotros sabe más de una docena de palabras en inglés —sonrió Adam—. ¿Me esperarás?

—Por supuesto.

—Mantén ocultos a los hombres y a los caballos mientras yo exploro los alrededores. Puede que ahora no haya nadie en la calle, pero no es de extrañar. Es posible que los habitantes del pueblo se hayan escondido al vernos llegar. Gritaré si te necesito.

Richard asintió.

—Al menor indicio de problema.

—Sí —tras un saludo, Adam se colocó la capa sobre los hombros y se dirigió hacia el camino que llegaba hasta el pueblo.

El camino estaba lleno de surcos embarrados y alguien los había cubierto con paja para intentar que dejara de ser un lodazal.

Adam miró hacia el cielo y, al ver que se aproximaban las nubes, se abrigó mejor con la capa. Con cautela, se detuvo a la entrada del pueblo. Se fijó en las huellas que habían dejado los caballos en los que él y sus hombres habían llegado. Se percató de que también había huellas de otros caballos más pequeños, posiblemente los que llevaría una dama anglosajona y su ayudante.

Las huellas iban directas a las puertas de la valla del convento. Después, desaparecían. No había ninguna huella en sentido contrario, lo que

indicaba que, a menos que hubiera otra puerta en la valla, aquella mujer todavía estaría dentro.

Justo en ese momento, se abrieron las puertas del convento. Adam se escondió detrás de la pared de la casa más cercana. Por la puerta de la valla, salió una monja. Vestida con un hábito oscuro y un velo corto, la mujer llevaba una cesta cubierta con un paño. Se dirigió hacia el pueblo, apresurándose hacia una de las casas de madera. Tras ella, volvió a cerrarse la verja del convento.

Adam consiguió sortear las casas que había junto al camino y no perder a la monja de vista. Cuando la mujer llamó a la puerta de la casa, él estaba en la parte de atrás. Sólo tenía que encontrar un hueco entre los tablones para…

Por dentro, la casa era muy similar a las de los campesinos de Bretaña. Básicamente, una habitación grande con chimenea central. A un lado del fuego, una lámpara colgante iluminaba el lugar. De las vigas, colgaba una ristra de cebollas y de champiñones secos. Y al otro lado de la habitación, Adam podía ver una cortina de tela de arpillera. Detrás de la cortina, alguien que parecía una mujer, gritaba de dolor.

Cuando llamaron a la puerta, se oyó que corrían la cortina. Apareció un hombre joven y desgarbado, con la espalda encorvada y el ceño fruncido. Al ver a su visitante, el hombre exclamó:

—Lady Cecily, ¡Gracias a Dios que habéis recibido mi mensaje!

A pesar de que tenía un acento marcado, Adam fue capaz de comprender sus palabras.

La monja se movió para dejar la cesta en el suelo de tierra y colocó las manos frente al fuego un instante.

—¿Va todo bien con Bertha, Ulf?

La persona que estaba detrás de la cortina, supuestamente Bertha, gritó de nuevo. Dos niños pequeños, un niño y una niña, salieron de entre las sombras y se colocaron junto al joven.

—Os pido disculpas por no haber venido antes —dijo la monja.

—Lady Cecily, por favor… —el joven la tomó de la mano para guiarla, demostrando con su manera de actuar que la orden del convento de St. Anne no era de clausura.

«Es extraño que se dirija a la monja llamándola lady», pensó Adam. Sin duda, las viejas costumbres prevalecían durante mucho tiempo, sobre todo si aquel hombre la había conocido antes de que ella se metiera a monja.

Tras oírse una serie de gemidos y jadeos, lady Cecily se metió tras la cortina.

—Bertha, cariño, ¿cómo te encuentras? —oyó Adam.

Se oyó un murmuro a modo de respuesta. Otro gemido.

Entonces, la monja habló de nuevo. Adam sólo comprendió las palabras Ulf, y luz. Al instante, Ulf salió de detrás de la cortina y sacó una vela

de una caja. Después, Adam oyó que le pedían agua en sajón.

Ulf entregó un cubo a los niños y regresó junto a la cortina. Cuando lo echaron de allí, agarró un taburete y se sentó. Tenía los dedos entrelazados con tanta fuerza, que Adam podía ver el brillo de sus nudillos. Ulf miraba fijamente hacia la cortina y se mordisqueaba los labios. Cada vez que se oía un grito, él se encogía.

A pesar del abismo que había entre ellos, Adam tenía un cierto sentimiento de camaradería hacia aquel hombre. Si Gwenn no hubiera fallecido durante su embarazo, él habría tenido que pasar por la misma situación que estaba pasando aquel hombre. Sin embargo, el dolor que había sufrido había terminado. Quizá Richard bromeara acerca de que él quisiera encontrar el amor en su nueva prometida, pero Adam no era tan ambicioso. Afecto, sí. Respeto, por supuesto. Deseo… ¿por qué no? Pero ¿amor?

Ulf había empezado a morderse las uñas, y miraba con desesperación hacia la cortina.

«¿Amor?» Adam negó con la cabeza. Nunca más. Había sufrido lo bastante como para que le durara varias vidas…

Más gemidos. Jadeos. Un grito. Un murmullo. Y así. Ulf con las manos entrelazadas.

Los niños regresaron con un cubo de agua y la vertieron en una olla para ponerla al fuego.

Más gemidos. Más jadeos.

Adam estaba a punto de retirarse para ir a buscar a Richard con la intención de entrar en el convento cuando un sonido nuevo llamó su atención. El llanto de un recién nacido.

—¡Ulf!

La monja Cecily apareció de detrás de la cortina con una sonrisa. Se había quitado la capa y el velo, y se había arremangado el hábito. Por primera vez, Adam pudo verle la cara.

Era una mujer extraordinariamente hermosa, con ojos grandes, mejillas sonrosadas y rasgos normales, pero era su cabello lo que hizo que se le cortara la respiración. Sor Cecily tenía el cabello muy largo y, a la luz del fuego, parecía dorado. Normalmente, las monjas llevaban el cabello corto, pero aquella no. Una trenza gruesa y brillante caía sobre su hombro.

Adam experimentó un sentimiento de nostalgia y frunció el ceño, sorprendido de que una monja provocara en él una atracción tan poderosa.

Con un gesto de impaciencia, casi como si supiera que Adam la estaba mirando, sor Cecily se retiró la trenza del hombro y estiró la mano. Adam no tuvo dificultad para adivinar el significado de sus palabras.

—Vamos, Ulf. Ven a conocer a tu nuevo hijo.

Con cara de alivio, Ulf se metió detrás de la cortina y la cerró.

La monja de cabellos dorados se acercó a